

busquemos el de las expansiones íntimas que hemos compartido; en una palabra, por más que conozcamos qué es el amor, estamos acostumbrados á verlas tan altivas, imponentes, dignas y respetadas, que no acertamos á representárnoslas en la actitud amorosa de la primera advenediza.

Tal es el efecto que me producía la duquesa cada vez que la veía, y eso que la veía casi diariamente y en la mayor intimidad. No transcurría semana sin que se me presentara una ó dos veces la ocasión de encontrarla ó de recibir de ella una carta, indefectiblemente firmada: *la Dama de las Perlas*, sobrenombre que Jaime la diera para hablar de ella sin comprometerla ante los extraños, y que obedecía á las alhajas que ella usaba con preferencia y al título de un libro que yo estaba escribiendo á la sazón, libro del que la duquesa había leído algunos fragmentos y por la heroína del cual se interesaba, por más que esa heroína fuese una simple cortesana.

—Si algún día escribe usted mi historia, me decía Anita riéndose, intítúlele usted *La Dama de las Perlas*, para que forme el parejo, aunque en otro género; pero quizá mi historia no encierre suficiente interés para que usted se decida á escribirla.

¡Pobre mujer! entonces no sospechaba ella el desenlace fatal que debía cerrar los acontecimientos de su vida, de la que era yo el confidente casi cotidiano; pero, entretanto, era dichosa.

Jaime me había convidado repetidas veces á almorzar con ella en su modesta habitación de soltero. Anita se divertía hasta más no poder durante aquellas comidas, en las que siempre faltaba algo. En tales días despedíamos al criado. La duquesa nos ayudaba á poner la mesa, y vedaba á Jaime el que para ella hiciese gasto alguno; se achicaba y hallaba la manera de permanecer dama principal. Bajo un pretexto cualquiera me iba y les dejaba solos. Pues bien, mi espíritu nunca tuvo la audacia de representarse las realidades á las cuales mi partida abría la puerta; pero lo que aseguro es que Jaime no debía tener para qué quejarse. En cuanto á Anita, parecía muy dichosa; se reía como un niño. Dicen que los amores ilegítimos esconden remordimientos. Cuando una mujer ama y es correspondida, sea cual fuere la clase á que pertenezca, come, bebe y duerme como la

más pura de las vírgenes; hasta que el hombre ha dejado de amarla, no la acusa su conciencia; y es que el remordimiento no nace de la falta, sino del abandono.

## X

Anita y Jaime no dejaban de verse continuamente. Todas las noches la puerta que habíamos franqueado juntos se abría para él, cuyos amores iban tan viento en popa y por un mar tan sosegado, que no podían menos de inspirarme inquietudes y de recordarme que hay zonas en que la excesivamente prolongada limpidez del cielo es presagio de terribles tempestades.

Casi todos los días, á las dos de la tarde, la duquesa iba á buscar á Jaime, y ambos, escondidos en un coche, se iban á recorrer los despojados y desiertos bosques. Para los demás hacía frío, pero no para ellos. El invierno, dicen, junto á la mujer amada es primavera. Pese al mucho tiempo que le absorbían sus amores, Jaime hallaba cómo trabajar con más brillo que no lo hiciera hasta entonces; á cada instante su corazón dictaba á su talento una composición nueva, fresca, juvenil, llena de color. «El ingenio no es más que el excedente de las sensaciones», decía con mucha razón mi amigo; porque ¿qué, si no la llama del corazón, es lo que ilumina el cerebro? A Jaime ya le pareció estrecho el círculo de su arte, y se convirtió en poeta. Una mañana llegó á mi casa, se sentó al piano, y me recitó, con un acompañamiento sencillo y á la vez lleno de armonía y de sentimiento, unos versos que él, músico, acababa de componer, y en los que relataba con fuego una excursión hecha á Saint Cloud, con Anita, en día lluvioso de invierno, llena de pequeñas peripecias.

Aparte de su amor común, la vida casi ostensiblemente marital de Jaime y de la duquesa tenía una razón particular que no sólo excusaba el descaro aparente, más también la hacía lógica y aun respetable. Los amores de Anita y mi amigo no eran amores vulgares de esos que cultivan el adulterio porque sí: eran dos corazones leales, dos confianzas sinceras unidas por una misma voluntad, que andaban en una vía trazada por los acontecimientos y se encaminaban á un fin quizás irrealizable, como todo lo que pertenece

á lo porvenir, pero que ellos se creían buenamente con derecho á alcanzarlo.

El lector recuerda lo que, hacía algún tiempo, había pasado entre Jaime y Anita en vísperas de la partida de ésta para Baden; los reproches que la duquesa había dirigido á mi amigo por su propensión á la duda; lo que aquélla determinara hacer para levantar una valla á la pasión que iba invadiéndola. Pues bien, Anita, á su regreso, que lo efectuó á los cinco días de haber partido, fué á ver personalmente á Jaime para preguntarle si realmente la amaba de todo corazón.

—¿Y usted puede dudarlo? respondió mi amigo.

—¿Está usted dispuesto á sacrificarme su vida?

—Se lo juro á usted.

—Pues yo le correspondo á usted dándole la mía por entero. No soy su amante, soy su mujer.

Entonces Anita contó á Jaime cuanto había pasado entre ella y su marido, y cómo éste cortara los últimos lazos que la retenían aún en el deber. El caso es que la historia era curiosa, y que un marido como aquél habría acabado por corromper á un ángel. Juzguen, si no, mis lectores.

La duquesa se había puesto en camino en la creencia de que, como le dijera su cuñada, el duque estaba gravemente enfermo, y obedeciendo, no á su corazón, porque hay que confesar que no le amaba ni podía amarle, ni aun tenerle en estima; sino obedeciendo á las leyes de la sociedad y á su conciencia, que, de haber sucedido un fracaso, le hubiesen acriminado el no haber ido á ver á un marido moribundo cuando tan poco le costaba hacerlo. La muerte tiene el privilegio de absolver, y el que va á morir, iluminado ya con la luz del eterno misterio en que va á penetrar, por muchos cargos que puedan dirigirsele, por un instante se hace respetable aun á los ojos de aquellos á quienes su muerte va á libertar. Además, aquel viaje, que la separaba momentáneamente del hombre hacia el cual se sentía atraída y la acercaba á aquel á quien la condenaba el matrimonio, parecía á la duquesa una postrera ocasión para retroceder en la nueva vía que emprendiera, volver á dejar las cosas en su verdadero sitio y decidir de su vida con más acierto. No necesitamos decir que, durante el viaje, Anita, recordando los años pasados con el duque y el sueño de una vida más dichosa, y atendido el nuevo punto

de vista de su corazón, miró como un beneficio el que la salud del duque, minada por todo género de excesos, tuviera una solución pronta y fatal. La muerte del duque significaba para ella la libertad. ¿Qué de extraño, pues, que á la duquesa, á pesar de todos sus esfuerzos, se le presentara con insistencia tal reflexión en la mente?

Muchas son las personas probas á quienes he oído decir que si por sus actos no tenían que arrepentirse, en cambio se tenían por culpadas de haber delinquido de pensamiento, y que en ciertos momentos y sin saber cómo ni por qué, les habían invadido el espíritu las más funestas tentaciones, y aun admitídlas, por un instante, al consejo de los intereses ó de las pasiones á los cuales hubiesen servido. Nuestra virtud no es más que la suma de las victorias internas que conseguimos sobre nosotros mismos. ¿Cuál es la mujer que amando á otro hombre que á su marido, no ha pensado más de una vez en la muerte de éste? Oprimida con mucha frecuencia por las exigencias sociales, la mujer, cuando sufre, se cree con derecho á discutir su vida contra el destino que la doblega. ¿Y si se ve cogida entre un amor que llena sus aspiraciones y la deshonra que de tal amor puede originarse, y piensa que bastaría la voluntad de Dios para allanar el único obstáculo que se opone á la legitimidad de aquel amor, puede, por más que luche, dejar de esperar que Dios evite un acto del que pedirá estrecha cuenta el día de su misericordiosa justicia? Como la sociedad abriese para esa mujer otra vía salvadora, la cuitada no pensaría en la primera; luego, el mal pensamiento de la mujer que en este caso se halla es hijo también de la sinrazón de los hombres.

Anita, al llegar á Baden, encontró al duque levantado y almorzando.

—¡Hola! ¿es usted mi querida amiga? dijo aquél á su mujer; ¡qué alto habla en pro de usted su venida!

—¿Sigue usted mejor?

—Perfectamente.

—Me alegro de que su enfermedad no haya tenido malas consecuencias.

—Nunca he estado enfermo.

—Pues ¿qué me dijo la baronesa?

—Era la única manera de conseguir que usted se viniera á Baden, y como me urgía el hablar con usted...

—¿No podía usted llegarse á París?

—No.

—¿Qué se lo impedía á usted?

—Un naípe.

—¿Un naípe! ¿Qué broma de mal género es esa?

—Síntese usted, mi querida Anita, y hágame el favor de escucharme. Le aseguro á usted que, por desgracia, no me chanceo. ¿Conoce usted el bacarat?

—No.

—Es un juego precioso, duquesa; verá usted si es sencillo...

—No tengo empeño en que usted me lo describa.

—Pues yo sí lo tengo; de esta suerte comprenderá usted con más facilidad lo que voy á contarle. Figúrese usted que el juego de bacarat consiste en esto: un jugador á quien apellidan el banquero, se sienta á una mesa y coloca ante sí una cantidad de dinero; los demás jugadores toman sitio en torno de la mesa, divididos en dos campos, y ponen ante sí cantidades que arriesgan contra la banca, cantidades cuya suma total puede igualar, pero no superar á la colocada por el banquero. ¿Comprende usted?

¡Calculen mis lectores si en aquel instante la duquesa se arrepentiría de haber salido de París!

—El banquero da dos naipes cubiertos, prosiguió el duque; y advierta usted que nosotros damos el nombre de cubiertos á los naipes vueltos de modo que no se les pueda ver. El banquero da dos naipes cubiertos á la derecha, y otros dos á la izquierda, y luego toma dos para sí. Cada uno, de los lados, es decir, el derecho y el izquierdo, puede pedir un naípe si no le basta el punto que le han dado, y el banquero lo mismo. El que tiene nueve ú ocho, de buenas á primeras muestra las cartas poniéndolas sobre la mesa, y gana si el banquero no tiene el punto igual. Si el punto es inferior, ganan los que más se le aproximan por su orden, esto es, siete, seis, cinco, y así consecutivamente hasta uno que gana alguna vez, cuando el adversario tiene diez, esto es, bacarat, el punto más malo. Pues bien, figúrese usted, mi querida amiga, que la otra noche el marqués de Herne... usted ya le conoce, ¿no es verdad?

—Sí, respondió Anita sonrojándose ligeramente.

—Pues bien, el marqués de Herne, que es un gran jugador, hizo saltar la banca de treinta y cuarenta de la casa de baños; lo cual produjo una verdadera revolución, por-

que semejante caso se ve con muy poca frecuencia; y como la banca no podía reconstituirse hasta el día siguiente, ofreció el marqués, á mí y á otros conocidos suyos, tallarnos un bacarat en su casa, con las cien mil pesetas que acababa de ganar. Era imposible ser más galante, y no hay que decir que aceptamos.

—Páreceme que sería preferible me dijese usted sin tantos rodeos lo que presiento, profirió Anita.

—Al contrario, mi querida amiga, arguyó el duque; debe usted saberlo todo. Como ha visto usted, el bacarat es puramente un juego de azar. Con todo eso, un jugador ejercitado é inteligente puede casi adivinar en el modo cómo el banquero mira sus cartas, á no ser que sea impasible del todo, si no el verdadero juego que aquél tiene, á lo menos si es bueno ó malo. El hombre que arriesga una gruesa cantidad de dinero no mira de la misma manera el naípe que puede hacerle perder y el que puede hacerle ganar. Por imperceptible que sea el influjo del naípe en el semblante del jugador, el influjo existe, y puede uno sorprenderlo y aprovecharse de él. Lo cual estimo yo que es uno de los derechos de esa batalla muda. Sin embargo, la ciencia de las fisonomías es del todo inútil cuando la suerte no ayuda; y esto es tan positivo, que yo, á las dos horas de jugar con el marqués, ya perdía cincuenta mil pesetas.

—¿Luego son cincuenta mil pesetas lo que usted necesita?

—No se apresure usted, amiga mía; aun no he concluido. El marqués estaba tan de suerte, que no quise obstinarme contra él, y renuncié á continuar el juego: é hice bien, porque el de Herne dejó la mano otras dos ó tres veces. Pero ya usted conoce, ó, más bien, no conoce la atracción de las cartas. Parecióme que la suerte se inclinaba un tanto hacia mí, y contra mi voluntad exclamé, en el instante en que el marqués iba á dar las cartas:

—Juego las cincuenta mil pesetas que le estoy adeudando á usted.

—¿De qué lado?

—Del derecho.

Herne aceptó, y dió las cartas.

—Le aseguro á usted, Anita, que causa una emoción verdadera el contemplar la pinta de un naípe que, al voltearlo, nos va á dar ó á quitar cincuenta mil pesetas. Recogí los míos y los miré, haciéndome tan impasible como pude, por-

que sentía la mirada del marqués clavada en mí. Mis naipes eran un cinco y un dos, es decir, siete, ó, lo que es lo mismo, uno de los más hermosos puntos del juego. Sentí dilatárseme el corazón, porque desde el instante en que acepté el partido tenía el pensamiento fijo en usted, mi querida Anita, á quien, de perder, iba de nuevo á verme obligado á recurrir. El marqués miró sus naipes y no los dejó sobre la mesa; así, pues, lo peor que podía sucederme era que él tuviese el mismo punto que yo, lo cual no me hubiera hecho perder.

—Doy, dijo el de Herne.

—Me planto, respondí.

Entonces, Herne, que tenía derecho á darse una carta, tendió su juego, dijo que tenía cinco puntos, y pareció meditar.

En un partido corriente, siempre el jugador se planta á cinco, porque si á cinco se toma un naipe hay cuatro probabilidades de ganancia contra cinco de pérdida. Mas como yo me había plantado en mi primer juego, para el marqués era probable que yo tenía un punto superior al suyo; ó quizás, y á pesar de mi aparente tranquilidad, sorprendió en mí una señal cualquiera de esperanza de lucro, porque exclamó de repente y volteando un naipe:

—Á Roma por todo; ahí va.

¡Adivine usted qué carta se dió Herne! ¡Hay suertes extraordinarias! Pues la mejor de todas; ¡un cuatro! un cuatro de espadas del que me acordaré toda mi vida. Luego, el marqués tenía nueve, y yo había perdido. Me levanté, pues, pero debiendo cien mil pesetas.

—Y es seguro que continuó usted jugando, ¿no es eso? profirió la duquesa estremeciéndose.

—No, por desgracia, prosiguió el duque dando un suspiro, porque á la jugada siguiente el marqués perdió. De haber sido yo imprudente un minuto más, quedaba en paz con el de Herne. En definitiva, tomé el cuatro de espadas que me hiciera perder y escribí en el centro de él: «Vale por cien mil pesetas», y después de echar mi firma al pie de lo que acababa de escribir, entregué la carta al marqués.

—Luego, me pide usted cien mil pesetas, repuso Anita, y no las tengo. ¿Sabe usted cuánto ha perdido en el juego desde que nos separamos?

—Seiscientas mil pesetas, ya lo sé.

—O, lo que es lo mismo, doscientas mil por año, que es exactamente lo que tenemos de renta; de modo que ésta quedará reducida á la mitad por espacio de seis años.

—Sí, pero durante estos seis años quizá mi tío se muera.

—Malas son las esperanzas que se basan en la muerte.

—Bien, pero mi tío debe morir en un día ú otro, y entonces, mi querida Anita, le satisfaré á usted cuanto le debo. ¿Acaso no tiene usted también que hacerse perdonar algo? Yo de mí sé decirle que no desperdiciaré la ocasión de ser tan indulgente para con usted como lo es usted para conmigo; nunca abriré el pico respecto de los gastos, de los caprichos y de las coqueterías de usted. Si es usted un tanto inconsecuente alguna vez, débese á su edad y á la fatal pasión que de usted me aleja. Es lo que he contestado á mi hermana, que me escribió que se estaba usted comprometiendo en París. La baronesa, en sus cartas, me habla de un artista á quien usted recibe, de un tal Jaime de Feuill, músico. «La duquesa, he escrito á mi hermana en mi última carta, es libre de recibir á quien bien le plazca. Anita siente pasión por la música; lo cual no es una razón para que sienta lo mismo por los músicos, pero sí para que los reciba.» ¿No dije bien?

Las últimas palabras del duque, á pesar de la indiferencia aparente con que fueron pronunciadas, entrañaban una intención visible.

Anita comprendió que al ir á Baden había caído en un lazo, y que era preciso salir de él.

—Por otra parte, prosiguió el duque, no es positivamente dinero lo que le pido á usted.

—Pues ¿qué?

—Al día siguiente de haber perdido las cien mil pesetas, me aboqué con el marqués para decirle que yo no tenía las cien mil pesetas, y recabar de él que me concediera un plazo de dos meses para satisfacerlas. «Mi querido duque, me respondió finamente el marqués, le concedo á usted todo el tiempo que quiera, pero á condición de que me pida el plazo la duquesa. Deseo que ella sepa lo que usted ha perdido, para que le riña, y no juegue usted en adelante con tanto desenfreno.» Entonces fué cuando hice que le escribieran á usted que yo estaba enfermo, y de veras lo estoy, si no físicamente, de espíritu. Pero, en fin, ya está usted aquí, y como el marqués permanecerá todavía una semana en Baden,

le ruego á usted me haga el favor de ir á verle y pedirle un plazo de algunos meses.

—Pero ¿habla usted con toda formalidad? repuso Anita.

—Formalísimamente, respondió el duque; la situación es bastante grave para que me ande yo con bromas.

—Bien, pero usted me acompañará á casa del marqués.

—No, debe usted ir sola.

—¿Está usted en su cabal juicio, caballero?

—¡Yo lo creo!

—Entonces, me propone usted una infamia.

—No entiendo.

—Y lo peor es que el de Herne le ha tenido á usted por capaz de cometerla, toda vez que se la ha pedido.

—Repito que no entiendo, replicó el duque con acento de candor. ¡Hay cosa más natural y digna que lo que está pasando? Tengo la desgracia de perder cien mil pesetas, pero, por fortuna, contra un hombre de mi mismo fuste. No puedo pagarle al día siguiente, como debe ser pagada una deuda de juego, y pido un plazo. Mi acreedor, obrando como noble que es, se presta á concedérmelo, pero con una condición, la de darse el placer de hacer esa concesión á mi esposa personalmente. ¿Qué crimen hay en eso? Al contrario, es hidalguía, ó yo no entiendo jota. Una mujer puede pedir sin ruborizarse, para su marido, lo que un hombre siempre se siente mortificado de pedirlo por sí. El marqués me ahorra el bochorno y se contenta con una visita de usted á cambio de los intereses del capital que puede exigirme desde luego. Yo tengo al de Herne por hombre digno, y como usted no abunde en mi parecer, pondré en tela de juicio su inteligencia y su corazón. Medite usted y calcule que el marqués puede deshonorarme con el malhadado cuatro de espadas, que representa una deuda sagrada.

—Veo que es preciso decirle á usted lo que todavía parece usted ignorar.

—¿Qué?

—El marqués me galantea.

—A todo hombre le asiste derecho á galantear á una mujer joven y hermosa como usted.

—Pero, el marqués no se ha contenido en esos límites.

—¿De veras!

—Durante una de las ausencias de usted me vi constreñida

á cerrarle la puerta de mi casa para sustraerme á sus persecuciones.

—¡Siempre será el mismo! Pero le pidió á usted perdón; no me diga usted que no.

—Me escribió una carta diciéndome que su amor por mí era eterno y que tarde ó temprano sería suya.

—¡Valiente fatuo!

—¿Comprende usted ahora lo que quiere el marqués?

—Comprendo.

—¿Y persiste usted en que yo vaya á verle?

—Se lo ruego á usted.

—¿Qué hombre es usted, pues?

—¡Caramba! pareceme que me correspondería á mí el preguntar qué mujer es usted si no puedo dejarla ir sola á casa de un acreedor para solicitar de él un plazo sin temor de que sufra mi honra ó la de usted. ¿No es usted una mujer digna? pues no tengo para qué dictarle la conducta que debe usted seguir. Haga usted lo que juzgue más del caso, con tal que me traiga el cuatro de espadas; nada más exijo.

—Enhorabuena, iré á ver al marqués, dijo Anita; pero admitiendo que conceda para usted un plazo de dos ó tres meses, ¿cómo va usted á procurarse dentro de este tiempo las cien mil pesetas?

—¡Bah! es usted demasiado inteligente para no obtener de un hombre que la ama á usted más que una concesión tan mínima, profirió el duque.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que depende de usted que esa deuda quede nula y de ningún valor. Una visita de usted vale bien veinte mil duros.

—¡Miserable! murmuró Anita palideciendo ante las extrañas combinaciones de aquel hombre. Y en voz alta añadió: Está bien; dentro de dos días estará usted en paz.

La duquesa, que acababa de tomar una resolución decisiva, entró en su cuarto y escribió á París una carta á la que recibió contestación cuarenta y ocho horas después.

No bien hubo recibido la repuesta, Anita se encamionó á casa de Herne, el cual, al verla, se sonrió con gesto de triunfo.

—Por fin es usted, duquesa, dijo el marqués acercándose á ella; casi desesperaba ya de verla á usted.

—¿Qué está usted haciendo? repuso Anita al ver que Herne se disponía á llamar.

—Voy á dar orden de que no permitan la entrada á quienquiera que sea.

—Cuando estoy en casa de usted puede entrar todo el mundo, repuso la duquesa, encendida de vergüenza al escuchar las palabras del marqués, que eran ya un insulto; lo que tenemos que hablar pueden oírlo todos.

—Entonces, la escucho á usted, señora.

—El duque ha perdido cien mil pesetas contra usted ¿no es eso?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted la carta declarativa de esa deuda?

—Sí, señora.

—Démela usted, si le place.

El marqués se levantó, abrió un cajón, y tomó un cuatro de espadas, en el que había algunas palabras escritas con lápiz. La duquesa tomó el naípe, se lo metió en el seno, abrió una carterita de terciopelo, y sacando de ella un papel, lo desdobló y lo entregó á Herne, diciendo:

—Aquí están las cien mil pesetas en letra á la vista y á nombre de usted, á cargo del banquero principal de la ciudad. He venido yo misma para darle á usted las gracias por haber tenido usted la fineza de aguardar cuatro días para el pago de esta deuda.

Dichas estas palabras, Anita saludó al marqués y se fué, dejando á éste un tanto corrido.

—¿Ya está usted de vuelta? dijo el duque al ver á su mujer.

—¿Tanto tiempo se necesita para pagar veinte mil duros?

—¿Conque el marqués los ha cobrado?

—Sí, señor.

—¿En dinero?

—En una letra, respondió la duquesa haciendo que no comprendía.

—¿De cien mil pesetas?

—De cien mil pesetas.

—¿Y cómo se las ha procurado usted?

—Haciendo vender en París diamantes por igual valor.

—¡Ah! profirió el duque, cuyo semblante delató una contrariedad real y vergonzosa. Está bien, gracias.

El duque no pudo menos de agobiar por un instante la cabeza ante la superioridad de su mujer. Parece increíble

el grado de corrupción á que los escándalos y el juego pueden hacer llegar á un hombre de mundo. El trato que el duque acariciara y del que tácitamente quería hacer cómplice á su mujer, era inmundo; pero ya verá el que vaya leyendo, como aquél no se detuvo ahí, y que quizá basó sobre aquella visita mucho más viles esperanzas.

—¿No le retiene á usted nada más en Baden? preguntó Anita á su marido.

—Nada más.

—Entonces, partamos.

## XI

Aquella noche misma el duque y la duquesa tomaron la vuelta de París, adonde llegaron al día siguiente.

Anita voló al encuentro de Jaime, como al salir de un fétido pantano corremos en busca de una fuente cristalina, y después de contarle cuanto había pasado, y declarándole que ya nada común podía existir entre ella y aquel hombre, le juró, aunque sin explicarle cómo, para evitar que su amante tuviese que entrar en discusiones con su conciencia, que á no tardar se encontraría otra vez libre y le pertenecería sin reservas, obstáculos ni peligros.

Yo, que había ido intimando más cada día con la duquesa, pude verla con frecuencia á solas. Dos ó tres veces, la primera sobre todo, me admiró grandemente el verla abrir la puerta de mi estudio. Venía á conversar un poco á solas conmigo, á hablarme de Jaime, á decirme lo que no le era permitido manifestar ante él, por más que tuviese que ver con él y con el porvenir común de sus amores. Anita me interrogaba sobre lo pasado, hábitos, familia y trabajo de Jaime, para asegurarse de que para nada entorpecía ella su vida; quería saber de mis relaciones, si las aprobaba ó no, si en esotro y grande afecto de Jaime tenía un adversario ó un aliado. Anita se hacía de mí un auxiliar por los medios más delicados y más finos: halagaba mi vanidad de amigo, haciendo como que creía que su amor necesitaba de esta amistad como de un apoyo, reconociendo que yo ejercía grande influjo sobre Jaime, y que de ese influjo dependía en parte el que ella fuese amada como anhelaba serlo.

La duquesa parecía también interesarse por mi vida, limitándose, empero, á pedirme sobre mis trabajos algunas noticias que debían interesarla muy poco en medio de las importantes ocupaciones de su corazón; pero yo le agradecía muy mucho su solicitud, pues con ella me daba ocasión de conocer más íntima y claramente una sociedad á la que no tratara yo más que superficialmente ó á la que no viera más que por una de sus fases más salientes. Demás, la duquesa me dió excelentes consejos sobre arte, consejos de esos que no da ningún estudio, y púsome también al corriente de la resolución que tomara.

—He escrito á mi padre, que me quiere mucho, me dijo Anita. Siempre, en contra de mi madre, se opuso á mi matrimonio con el duque, con quién aquélla quiso que yo casara por llevar un apellido ilustre, no inferior al nuestro. Mi madre murió en la creencia de que yo era dichosa; pero mi padre sospecha que no lo soy, y estoy segura de hallar en él un apoyo el día que me sea necesario hallarlo. Mi padre es bondadoso, y aun diré débil. Mejor, yo constituyo su único afecto, y, por lo tanto, obtendré de él cuanto se me antoje. A no ser la debilidad que digo, no habría mi padre cejado ante mi madre, y por ende labrado mi desventura. Luego, me debe una compensación. Por desgracia, mi padre vive lejos, en los Estados Unidos, donde radica casi por entero nuestra fortuna, y adonde se fué para realizarla. Le he escrito haciéndole sabedor del último disgusto que he tenido con el duque, del vergonzoso trato que me hizo y de la cantidad que debí pagar por él, y le hago entrever una ruina cierta para mí, si he de verme siempre constreñida á subvenir á la desastrosa pasión del juego que á aquél domina. En una palabra, le digo cuanto es menester para convencerle, y le llamé á Francia con todas mis fuerzas. Una vez aquí, todo se lo declararé, incluso mi amor por Jaime si es preciso. ¡Ah! le rodearé de tanta ternura y le dirigiré tantos ruegos, que obtendré de él mi dicha futura. Lo que yo quiero es el divorcio, diga la sociedad lo que se le antoje. Por otra parte, esta separación podrá hacerse sin ruido, sin escándalo. El duque se irá y yo me quedaré; esto se ve todos los días, y esta es una concesión que Dios hace á los dolores que nuestra sociedad impone. Muchas son las mujeres aristócratas que viven de esta suerte, y no hay quien se crea con derecho á vituperar de ellas, sabiéndose

como se sabe que la sinrazón está de parte de sus maridos. A estas horas mi padre debe de haber recibido mi carta, y no tardará en regresar; lo cual quiere decir que todavía debo tener paciencia. El duque nada sospecha, y tan es así que últimamente me ha dicho que iba á emprender un corto viaje; pero solo, pues ya sabe que yo me negaría á seguirlo si me propusiera que lo acompañase. He aquí el punto á que han llegado las cosas, y he aquí también por qué le interrogo á usted, respecto de Jaime, á quien no he declarado abiertamente mi proyecto, irrevocablemente resuelto en mi espíritu, por lo que á mí atañe, pero del que desistiría encontinente como barruntase que pudiese entorpecer su carrera ligándolo definitivamente á mí. Y, sin embargo, todo lo he previsto, hasta la posibilidad de que Jaime deje de amarme á la corta ó á la larga, pero ¿qué importa? lo principal es que, entretanto, seamos dichosos. Dios se encargará de lo porvenir, y, suceda lo que quiera, siempre será una dicha cierta el no vivir en poder de un hombre á quien no amo, á quien ni siquiera puedo concederle mi aprecio.

Como ve el lector, las relaciones entre Anita y Jaime iban tomando serias proporciones, y el negocio adquiría gravedad. Mi intimidad con la duquesa no era tanta que me permitiese hacer á ésta una observación ó darle un consejo. A mi parecer, el cumplimiento de su resolución iba á acarrearle á Anita muchas dificultades, y á Jaime no pocos peligros de llevarse tal resolución á cabo. La duquesa disponía de lo venidero con una confianza que metía espanto.

Fuí á ver á Jaime, y le puse al corriente de mi conversación con Anita.

—En realidad, Anita es capaz de este sacrificio, me contestó mi amigo, sin demostrar admiración alguna por lo que yo acababa de decirle con la gravedad que merecía semejante noticia; es capaz, muy capaz de él; y aun cuando sobre el particular nunca me ha hablado desembozadamente, hace ya mucho tiempo que he adivinado sus proyectos. Acepto el sacrificio, y esto te dará la medida de cuánto la amo. He reflexionado mucho, amigo mío, y he concluido de mis reflexiones, que mi dicha radicaba en la duquesa. ¡Ah! ha penetrado ésta tan hondamente en mi existencia, que desde que la conozco he olvidado por completo mi pasado. Cuando pienso en las otras mujeres á quienes creí amar, en

Carlota, por ejemplo, pareceme como un recuerdo vago de otra existencia pasada hace miles de años. Por otra parte, nuestro amor está en condiciones excepcionales. Por fortuna, el duque es un miserable; si casó con Anita no fué por amor, sino por especulación, y, por lo tanto, cerrará el pico con tal que le den dinero. No viviré públicamente con la duquesa, ni persona alguna podrá conocer nuestras relaciones, á las que envolveré en tanto mayor misterio, cuanto más la espíarán después del divorcio para conocer la verdadera causa del mismo. Ya sé que Anita está dispuesta á arrostrarlo todo; pero á mí me corresponde evitar que desmejore á los ojos de una sociedad que quiero la respete. Es joven y hermosa, y yo la amo, y soy artista, lo cual quiere decir que soy un tanto superior á lo vulgar. Para mí han muerto los amores triviales y fáciles; todos los he apurado, y hoy me dan asco. Nunca he sido inclinado al matrimonio, ya lo sabes, pues en mi concepto únicamente lo abonan dos razones: una natural, el amor; la otra social, el interés. Sólo amo á la duquesa, con quien no puedo casar, y nunca casaré con mujer alguna por su dote. Cifro todo mi amor y toda mi vida en mi arte, en Anita y en mi madre, y, francamente, pareceme que no merezco que me compadezcan tanto como eso y que no hago mal en dejar que uno de mis tres amores arregle mi existencia de modo que me sea dado satisfacer los otros dos. Ya ves que raciocino con calma, casi con frialdad, y que, por consiguiente, sé lo que hago. ¿Quieres que todavía te hable con más franqueza? Esa dirección única dada á la vida de la duquesa es para ella una dicha tan grande como para mí. Dios sabe qué pudiera haber sido de ella con semejante marido. Libre como es, coqueta é independiente como era, ociosa y entregada á sí misma, joven, sin apoyo y sin tener quién la aconsejara, un día ú otro Anita hubiera caído en sus propias redes. Era inevitable, y una vez dado el primer paso, ya sabemos dónde conduce el segundo, que no se hace esperar. A mis ojos, la duquesa estaba perdida, y la salvo, por más que algunos, de saber nuestras relaciones, supondrían lo contrario; y es que la sociedad siempre da por admitido que á una mujer se la pierde cuando se la separa del marido, por más que el marido sea lo que el duque. He dado una causa á esa existencia sin objetivo, haciéndola entrar inopinadamente en una vía nueva, en la que no corre riesgo al-

guno en mi compañía. Anita no es mi amante, como dijo ella misma, sino mi mujer.

Era inútil toda observación; por otra parte, y en conciencia, no pudiera yo haber dicho más que las vulgaridades que se sueltan en parecidos casos y que no sirven para nada contra la pasión que ha llegado á su apogeo. ¿Cedería de tal suerte el marido su lugar? ¿El padre se convertiría con tanta facilidad en cómplice de su hija? En mi concepto las dificultades iban amontonándose cada vez más. Intentar destruir ó falsear un acto como el del matrimonio, sancionado por los hombres y hecho valadero por Dios, siempre ha sido negocio gravísimo. Uno no puede menos de sentir cierta emoción, cierto temor al ver á un amigo, á un ser querido, dispuesto á descargar sobre una de las bases fundamentales de la sociedad, y sin otra razón que la de su interés personal, un primer golpe de piqueta que no puede menos de tener gran resonancia. La primera piedra que se derrumbe ¿no va á aplastar al imprudente? Los que permanecen ajenos á tales pasiones, los menstrales de quienes tanta burla se hace, aunque, dicho sea de paso, eso se les da á ellos; que nacen, viven y mueren en su concha; que nada intentan fuera del círculo en que les ha colocado el destino; que se casan el sábado, celebran un banquete nupcial, cantan á los postres, colocan en primer término el trabajo tradicional, y aman á sus mujeres á una temperatura templada, *al baño de maría*, por decirlo así; que tienen hijos que aprenden á tocar el piano, van de gorra al teatro, y hallan inverosímiles las pasiones porque palpitan en uno ó dos pisos más arriba de la planta baja de sus tranquilas sensaciones; que al ver una obra de arte dicen: «¡qué bonito!»; que engordan de treinta para arriba; que se jactan de haber sido también corridos, y que, muertos de apoplejía á los sesenta años, descansan en el cementerio tras ó debajo de un epitafio chavacano, esos son los dichosos de la tierra, y no hay ninguno de nosotros que al precipitarnos de nuestros más acariciados ensueños no trocáramos la poesía de nuestra imaginación por la gazmoña figura de una de esas admirables nulidades.

Jaime, al salir de casa de la duquesa, casi siempre venía á verme y me tenía al corriente de las peripecias de sus amores, y cada vez estaba más enamorado y más lleno de confianza en lo venidero. Anita había recibido carta de su

padre, quien le decía que no podía ponerse en camino inmediatamente, pero le prometía estar en Francia antes de dos meses, y al par le aseguraba que podía contar con su apoyo y con su afecto. Todos estos presagios eran buenos, pero hay que confesar que el padre de Anita no conocía toda la verdad, y quizá cambiaría de consejo al saberla. Jaime no pensaba en hacer semejante reflexión.

Sin embargo, el duque procuraba hacerse más agradable á su mujer. ¿Quería hacer olvidar la historia de Baden? ¡Quién sabe! Lo positivo es que se mostraba como nunca solícito para con Anita. ¿Despertábase en él el amor? Se han dado casos; muchos son los maridos que no aguardan más que ser engañados para enamorarse. Pero ¡enamorado el duque! ¡quién! Por otra parte, ¿por qué? Sea lo que fuere, aquél había abierto sus salones, y, de consiguiente, permanecía en su casa un poco más que de costumbre. Jaime no veía á Anita más que por la noche, y aun con frecuencia se veía obligado á guardarla hasta la una de la madrugada, hora en que el duque salía de las habitaciones de su mujer; porque, sin duda para demostrar á ésta que él había dejado de jugar, y se convertía, en vez de irse al club pasaba la velada con ella ó la acompañaba al teatro, y de regreso entraba en el aposento de la duquesa y despedía á los criados con cierta afectación, como para dar á entender que iba á pasar la noche con su esposa. Anita casi siempre retenía junto á sí á Fanny todo el tiempo que duraban aquellas inútiles conversaciones; pero, en ocasiones, también despedía á la doncella el duque. ¿Qué significaba todo aquello? Anita y Jaime no acertaban á explicárselo, pero tampoco recelaban cosa alguna. Yo, en su lugar, paréceme que habría desconfiado. Hasta la cuñada se volvía amable, tanto, que por dos veces pidió perdón á la duquesa de las malas suposiciones que pudiera haber hecho y de las palabras un sí es no es acres que vertiera, y aun encomió su resignación, y acriminó á su hermano, y se esforzó en ir captándose poco á poco la confianza de Anita, demasiado astuta para no llamarse á engaño.

—Mi hermano es muy culpado, dijo un día la baronesa á Anita y como queriendo provocar una confidencia; y ahora sería yo la primera en comprender que hubiese usted buscado un consuelo en otra parte. Por la mía, paréceme que no habría podido resistir.

Por poco la baronesa declara que había engañado á su marido.

¿Qué se proponían el duque y su hermana? En la conducta de éstos, Anita no veía más que nuevas razones de seguridad por su parte.

Como última garantía, el duque anunció un día á su mujer que definitivamente iba á emprender un viaje de tres ó cuatro meses, que para la duquesa representaban no tan sólo otros tantos de libertad absoluta, pero también algo más provechoso para ella, como era el volverse con su padre, que estaría de regreso dentro de aquel período de tiempo y accedería gustoso á sus deseos; porque, para la sociedad, Anita no podía dejar á su marido más que para su padre, una vez con el cual haría lo que más le pluguiese.

El duque mandó hacer los preparativos para el enunciado viaje. Todo, pues, marchaba á pedir de boca. Sin embargo, aquella hermosa prima de que Jaime me hablara, que vivía aislada en medio de la sociedad y llevaba á la duquesa un afecto sincero; aquella hermosa prima, digo, también fué á ver á Anita, mas no para tranquilizarla, como lo hacían tácitamente los demás, sino muy al contrario, para prevenirla.

—¿Tú conoces á un ruso que se llama Vladimiro? preguntó aquélla á la duquesa.

—Sí, respondió Anita.

—¿Y por su conducto has conocido á otra persona?

—Sí.

—¿Posee cartas tuyas ese ruso?

—Algunas.

—¿Hablas en ellas de su amigo?

La prima ponía cierta afectación en no mentar á Jaime, por más que sabía cómo se llamaba éste; pero como no iba en pos de una confidencia, sino de dar un consejo, tenía empeño en aparentar que ignoraba lo que era necesario que ella supiese para mayor claridad de los informes.

—En efecto, repuso Anita, en algunas cartas le hablo sin recelo alguno de una persona á quien él veía diariamente en aquel entonces, y á la cual no escribía yo directamente.

—Pues sábetе que esas cartas Vladimiro las enseña.

—¿Es imposible!

—Yo he visto una.

—Te han engañado... Vladimiro no es capaz...

—Toma, hela aquí.

Efectivamente, la carta era de Anita, y para una mujer de su encumbrado linaje era más que suficiente para comprometerla el que al pie del escrito figurara su nombre de pila.

—Y esta carta ¿te la ha dado él mismo? preguntó la duquesa.

—No; ya comprenderás que yo no recibo á ese hombre.

—Entonces ¿quién te la ha proporcionado?

—Un amigo, con encargo de que la hiciera llegar á tus manos.

—Y á ese amigo ¿quién se la había facilitado?

—Una mujer.

—¿Que se llama...?

—Carlota de Wine. ¿La conoces?

—Personalmente no; pero comprendo su interés en procurarse esas cartas.

—Todavía tiene otras, y es preciso recobrarlas.

—¿Para qué?

—Pueden enviarlas á tu marido.

—¿Qué me importa?

—Hay que evitar un escándalo antes de la llegada de tu padre.

—¿Luego sabes...?

—Que le has escrito.

—Sin embargo, no lo he dicho á persona alguna.

—Pero él me ha escrito á mí para preguntarme qué pasa; tu padre sabe cuánto te quiero, y tiene en mí omnímoda confianza.

—Y ¿qué le has contestado?

—Que su presencia es indispensable en París, pues eres desgraciada y tienes necesidad de su apoyo.

—¿Qué buena eres!

—Ya ves que me pongo de tu lado, y si en este instante me encuentro aquí es porque hay algo que me inspira recelos. ¿Estás segura de que el duque ignora por completo que estás en correspondencia con tu padre?

—Sí.

—¿Y tu cuñada?

—Nada sabe tampoco sobre el particular.

—Sin embargo, el duque cada día te trata con más amabilidad, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Y la baronesa?

—En la apariencia se deshace por mí.

—Desconfía, te lo repito. Por de pronto es preciso recobrar las cartas esas, pues aun admitiendo que no lleguen á manos de tu marido, es inútil y aun peligroso que queden en poder de esa mujer, que según todos los indicios tiene interés en hacer de ellas un mal uso.

—Mandaré á buscar á Vladimiro para pedirselas.

—Vale más que rompas toda clase de relaciones con ese hombre.

—Entonces que haga de mis cartas el uso que más le cuadre.

—Enhorabuena; pero si no por ti, á lo menos por tu padre vela por tu fama. Si éste tiene que saber lo que está pasando, que sea por tu boca y no por la ajena.

—Te sobra la razón. ¿Qué hacer, pues?

—¿No puedes advertir á la persona cuyo nombre va unido al tuyo en esas cartas, y no puede ella encargarse de recuperarlas?

—Esa persona anda ya enemistada con Vladimiro, y temo que el resultado sería fatal.

—Pues bien, yo me encargo de dar ese paso.

—¿Cómo?

—Voy á hacer que escriban á ese ruso para que se vea conmigo, y le haré hablar.

—No es mala la idea.

—Mañana te traeré la respuesta.

La hermosa prima escribió á Vladimiro, citándole para aquella noche misma, á las nueve, en su casa.

Vladimiro fué puntual.

—¿Usted conoce á la duquesa Anita? preguntó la prima al ruso, yéndose inmediatamente al grano.

—Sí, señora.

—Es parienta mía.

—Lo sé.

—Y respecto de usted me ha conferido un encargo que espero tendrá el buen fin que le he prometido.

—Igual espero yo, señora, si de mí depende ese resultado.

—La duquesa le ha escrito á usted algunas cartas, ¿no es así?

—Así es, señora, en Rusia, respondió Vladimiro.  
—No se trata de esas, sino de las que le ha escrito á usted en París de poco tiempo á esta parte.

Vladimiro guardó silencio.

—Una de esas cartas se ha extraviado.

—¿De veras, señora? profirió con admiración perfectamente fingida el ruso.

—Sí, señor, y aun le diré á usted que ha venido á parar en mis manos.

—¿Cómo?

—No lo sé; pero las otras podrían también extraviarse, y para otros ojos que los míos quizás encerrarían un significado comprometedor.

—Dice usted bien, pues en ellas se trata...

—No le pregunto á usted qué rezan, pues eso no me atañe; no tengo más encargo que el de reclamar á usted esas cartas.

—Le bastaba á la duquesa haber dicho una sola palabra para recobrarlas encontinente.

—¿Luego están todavía en poder de usted las cartas de Anita?

—Sí, señora.

—Y ¿puede usted enviármelas?

—En el tiempo que se necesita para ir y volver de mi casa.

—Gracias, caballero. Hasta las once estoy en casa.

Vladimiro se fué; pero en vez de encaminarse á su casa tomó hacia la de Carlota; la cual no estaba sola é hizo aguardar al ruso en el salón.

Poco después, y como mujer que desea manifiestamente que el visitador no prolongue su visita, la de Wine se presentó donde el ruso.

—Sólo tengo que decirle á usted dos palabras, profirió Vladimiro acercándose á Carlota.

—Hable usted, mi querido señor.

—¿Están todavía en poder de usted las cartas que le presté?

—¿Qué cartas?

—Las que usted sabe.

—No recuerdo.

—Las cartas de la duquesa Anita.

—¡Ah! ¡ya! No, ya no las tengo.

—¿Dónde están, pues?

—Las rasgué.

—Usted me prometió devolvérmelas.

—Como había dejado de verle á usted... Además, usted me las dió.

—No, señora, se las presté.

—Me las dió usted, repito, y aun con la esperanza de que yo hiciera de ellas un mal uso contra Jaime y la duquesa.

—Se engaña usted lastimosamente, señora, y como yo hubiese sabido...

—Pero, venga usted acá, señor mío, profirió Carlota, ¿dónde se ha visto poner un cuchillo en manos de un individuo irritado para que de él no se sirva? Yo estoy sumamente irritada contra el señor de Feuil, y usted, al darme esas cartas, obraba con completo conocimiento de causa. Usted conoce, como el que más, el valor de las cartas.

—Y eso ¿por qué?

—Porque escribe usted muchas.

—No la comprendo á usted, repuso Vladimiro sonrojándose á pesar suyo.

—Entonces, voy á pedirle á usted un dato, prosiguió Carlota con indiferencia, pero con acento marcadamente burlón.

—¿Cuál, señora?

—¿Existe realmente el gabinete negro?

—¿Qué gabinete negro?

—Me han afirmado que en todas las embajadas rusas hay una sala secreta, á la que apellidan el gabinete negro, donde son abiertas y leídas las cartas que llegan con ciertas señales. Esas cartas contienen noticias sobre toda clase de personajes de los cuales la policía rusa tiene interés en conocer los hábitos, relaciones y modo de vivir y aun de pensar. Casi todos los que escriben estas cartas son rusos de distinción. Yo no hago más que repetir lo que dicen; y por cierto que también me han asegurado que esa correspondencia misteriosa es retribuída tan generosamente, que á las veces tenemos por millonarios de la primera nobleza á rusos que no cuentan con más recursos que sus ojos, sus oídos, su memoria y el papel en que escriben. ¿Podría usted decirme si todo eso es verdad, señor Vladimiro?

—Lo ignoro, señora; por otra parte, no sé qué interés puede usted tener en adquirir noticias sobre el particular.

—Es que conozco dos ó tres rusos que, según me han dado por cierto, desempeñan ese oficio, y si esto es así, dejaré de recibirlos en mi casa.

Vladimiro poco á poco había ido recobrando su serenidad, y se echaba de ver fácilmente que estaba preparando una réplica al desembozado ataque de Carlota.

—Haría usted mal en no recibirlos, profirió el ruso.

—¿Por qué?

—Porque la conversación con ellos puede ser útil.

—¿Y eso?

—Por nada pueden tenerla á usted al corriente respecto de ciertas personas de quienes tuviese usted interés en conocer la vida privada. Vea usted, yo, por conducto de algunos de mis paisanos, he sabido muchas cosas que muchos ignoran.

—Y ¿qué ha sabido usted?

—Los extranjeros deseamos saber á qué atenernos tocante á las mujeres, verbigracia, para que en lo posible no nos engañen.

—Es natural, profirió Carlota mirando cara á cara á Vladimiro como para leer en lo más íntimo de éste la intención de sus últimas palabras.

Pero Vladimiro continuó, con voz y gesto lo más inocentes del mundo:

—Figúrese usted que hace poco me encapriché con una parisiense muy hermosa.

—¿Rubia?

—Morena.

—¿Qué clase de mujer era esa?

—Dudosa, como va usted á verlo. Como iba diciendo, esa mujer, que ostenta un apellido ilustre, pasa por viuda.

Ahora fué Carlota quien se sonrojó.

—Y ¿no lo es? ¿Vive todavía su marido? repuso la de Wine afectando indiferencia.

—Ni vive ni está muerto, como que nunca ha existido. Ahora bien, ¿puede pasar por marido muerto el que no ha vivido? Este es el problema. Sin embargo, la dama esa frecuenta la sociedad encumbrada y se relaciona con la clase media, donde una mujer joven, rica y de ancha manga siempre puede introducirse; pero la mujer esa se vuelve tanto más implacable el día que le descubren el juego, cuanto no tiene, como la aristócrata, derecho á que la perdonen como se lo da á ésta última su cuna.

—Y ¿todos tienen por casada á esa mujer?

—Todos, y aun por rica.

—Y ¿no lo es?

—¿Qué tiene que ser rica! Dinero sí maneja mucho, y se lo da una persona que á lo mejor puede dejar de proporcionárselo; pero bienes de fortuna, ni eso.

—Y esa persona que le da dinero ¿es algún su pariente?

—No, señora, sino amante.

La cólera ahogó la primera emoción de Carlota, así es que en lugar de sonrojarse palideció.

—Es un extranjero riquísimo, continuó Vladimiro, el cual extranjero también la tiene por viuda, y sabiendo que aquélla carece de fortuna y temiendo comprometerla, echa mano de los más delicados recursos para hacerle aceptar una parte de la suya; á bien que el amante ese la tiene por discreta, de lo contrario, como él supiese que ella le está engañando, entre los dos todo habría concluído.

—A ella le corresponde tomar ciertas precauciones, y las hay que una mujer inteligente puede tomarlas siempre.

—Y ¿qué precauciones son esas?

—Una de ellas es la de no escribir cartas que, confiadas á falsos amigos, pueden resultar peligrosas y caer en manos del marido ó del amante responsable.

—¿Luego las cartas que le he pedido á usted que me restituya...?

—Las conservo.

—Lo cual quiere decir que usted no las ha rasgado.

—Para eso tanto valdría no haberlas tomado.

—¿Puedo, sin pecar de indiscreto, preguntarle á usted qué destino piensa usted darles?

—El que usted se propuso al proporcionármelas, esto es, hacerlas servir en daño de alguno, á no ser que me decida á enviárselas al señor de Feuil, diciéndole que usted me las ha entregado.

—Advierta usted que entre las cartas esas las hay que no atañen al señor de Feuil.

—Lo sé; hay las que la duquesa escribió á su primer amante cuando éste fué á reunirse á ella en Rusia, donde les sirvió usted de intermediario. Por lo que se ve, ha nacido usted para eso. Mas en esa última circunstancia ha desempeñado usted un papel muy bajo, porque mire usted que es de cobardes el valerse de una mujer para deshacerse de un enemigo. Gracias á Dios no me he avenido yo á servirle á usted de instrumento, y me alegro en el alma. Voy á enviar esas car-

tas al señor de Feuil, pues la duquesa Anita se me va haciendo simpática únicamente por el mal que quería usted causarla. Ea, adiós, y no le digo á usted hasta la vista porque estimo que esta es la última vez que nos vemos. Dispénsese usted si le dejo tan pronto, pero me está aguardando en mi cuarto cierto sujeto recién llegado de Inglaterra, que me tendrá por viuda hasta que reciba un anónimo.

Carlota se sonrió con ironía al pronunciar estas últimas palabras, y despidió al conde. El cual, una vez en su casa y no sintiéndose con ánimos para llevar personalmente la respuesta á la prima de la duquesa, escribió sencillamente á aquélla que le habían sustraído las cartas de marras y que sentía vivamente el no saber su paradero. A Anita no la preocupó mucho tal respuesta; y es que, como ella misma dijera á su prima, aceptaba todas las consecuencias de su amor por Jaime. La duquesa se sentía con fuerzas para luchar contra todos, y quién sabe si, atendida su condición franca sobre toda ponderación, llegó hasta desear que sus amores levantaran polvareda y fuesen lo bastante conocidos para que á la llegada de su padre éste no tuviese más remedio que escucharla, ya que, so pena de caer en la ridiculez más espantosa, sería imposible que continuara viviendo con el duque, por muy complaciente que éste fuese. ¿Qué se proponía la duquesa? darse y pertenecer libremente á Jaime. Para eso todos los medios eran buenos, y el mejor de todos el que condujese al fin anhelado. Poco le importaba á Anita el qué dirán; lo que ella quería era verse amada y estimada de su amante. Así, pues, resolvió no hablar ni siquiera una palabra á Jaime respecto de tal incidente.

Ignoraba yo esos pormenores, que no supe hasta después, cuando al día siguiente de haber ocurrido la escena que acabo de narrar, Jaime vino á verme.

—He recibido una carta de Carlota, me dijo mi amigo.

—¿Qué te dice en ella?

—Que desea verme para prestarme un favor.

—Pues ve.

—No voy, porque no tiene que prestarme favor alguno; es un pretexto para hablarme de lo pasado, ó quizá para calumniar á la duquesa. Es inútil que nos veamos.

—Hay diez y nueve probabilidades contra veinte para que sea verdad lo que tú dices; pero hay una para que no mienta. Yo, de ti, iría.

—Pues te repito que no voy.

—Puede que exista una manera de arreglarlo todo.

—¿Cuál?

—Haces muy poco caso de la señorita de Norcy, que tan atenta ha estado siempre contigo. Quizás ella sepa qué quiere de ti Carlota, con la cual mantiene las relaciones más cordiales.

—Dices bien; iré á verla.

Jaime se encaminó, efectivamente, á casa de la de Norcy, á quien no había visto hacía á lo menos tres semanas.

—La señorita está enferma, contestó á Jaime la doncella.

—¿De gravedad? preguntó con interés mi amigo.

—Ya está mejor; pero su enfermedad ha inspirado serios temores.

—¿Guarda cama?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos quince días.

—¿No recibe?

—No, señor.

—Dele usted esta tarjeta. Mañana volveré para saber qué tal sigue.

Al día siguiente, Jaime volvió á casa de la señorita de Norcy, atraído por la simpatía real que por ella sentía, y también por la curiosidad de saber qué quería de él Carlota.

Aunque todavía sepultada en el lecho, la de Norcy recibió ahora á Jaime. La pobre no parecía la misma, tan desfigurada estaba, tan descolorida, tan sumamente flaca.

La enferma dirigió á su amigo una de esas tristes sonrisas propias del que tiene menoscabada la salud, tendióle una seca y blanca mano, que aquél oprimió con suavidad, y con una seña le indicó que se sentara junto al lecho.

—Apenas recibo á persona alguna, dijo la de Norcy á Jaime, pues estoy endeble en grado sumo; pero como he supuesto que usted tenía que hablarme, he querido verle á usted.

—Ante todo hablemos de usted, señora. ¿Qué tiene usted?

—Hace poco hice un viaje que me fatigó grandemente, y de resultas he cogido una fluxión de pecho que me ha hecho padecer lo que no es decible; pero, en fin, ya me siento mejor. ¿Ha recibido usted una carta de Carlota?

—Sí.

—Lo sé por ella misma. De venir usted cinco minutos más pronto la encuentra usted aquí; acaba de salir. Todos los días viene á verme dos veces. Es muy bondadosa, y le quería á usted de veras.

—Y ¿á quién ama ahora?

—No se chancee usted; usted es el único á quien ha amado.

—Sin embargo, tiene un amante.

—Lo dudo; siempre está sola, y pasa mucho tiempo á mi lado.

—¡Bah! poco importa; eso no me atañe. Pues sí, Carlota me ha escrito diciéndome que tenía que hacerme un favor; pero antes de ir á su casa, me gustaría saber de qué se trata, pues no estoy dispuesto á anudar relaciones con ella. Ya comprenderá usted, pues, y perdone la franqueza, que mi visita á usted obedece á dos fines: el primero, como es natural, al de informarme de su salud, y el segundo al de que usted me ponga en autos sobre lo que Carlota quiere de mí.

—En realidad quiere prestarle á usted un favor.

—¿Cuál? no nos separamos de modo que deba buscar ocasiones para complacerme.

—Se equivoca usted; Carlota le lleva á usted sincera amistad, y formalmente, sin pasión ni intenciones ocultas, desea ilustrarle á usted respecto de ciertos asuntos.

—¿Qué asuntos? Vamos á ver, hablemos con el corazón en la mano: ¿quiere decirme algo de la duquesa?

—Lo ha adivinado usted.

—Si es para hablarme bien de ella, nunca llegará su hablar adonde mi pensamiento; si lo contrario, es en vano que me tome la molestia de ir á verla.

—Es para decirle á usted la verdad.

En esto llamaron suavemente á la puerta del dormitorio; la señorita de Norcy, al oír el ruido, se estremeció y llevó á los labios su pañuelo para apagar una tosecilla seca.

La doncella entró en el dormitorio; pero, según parece, su sola aparición decía quién era el visitante, pues no tuvo necesidad de nombrarlo para que la enferma, que se había puesto aún más pálida de lo que estaba, dijo con voz débil:

—Está bien; dígame usted que voy mejor.

—¿La señora no quiere recibir? preguntó la doncella

—No.

Jaime hizo ademán de retirarse.

—No se mueva usted, profirió la de Norcy.

Jaime empezó á sospechar que la enfermedad de la joven obedecía á una causa distinta de la que ella le dijera. Sin embargo, se hizo el desentendido, y una vez se hubo salido la doncella, se limitó á mirar con cierta compasión á aquella pobre enferma, á quien una emoción visible constrañó á guardar silencio por espacio de algunos minutos.

La de Norcy, una vez hubo oído cerrarse la puerta tras la persona que viniera á preguntar por su salud, prosiguió:

—¿Continúa usted frecuentando el trato de Vladimiro?

—No; apenas le veo.

—Hace usted bien; es un malísimo sujeto. Si Carlota no le ha causado á usted daño alguno, no es por culpa de Vladimiro.

—¿Qué mal podía hacerme Carlota?

—Si no á usted, podrá hacérselo á la persona á quien usted ama.

—No lo creo.

—Le digo á usted que sí. Carlota tiene en su poder algo que compromete á la duquesa.

—Y ¿qué es ello?

—Unas cartas.

—¿De quién?

—De Anita.

—Y ¿á quién van dirigidas?

—Á Vladimiro.

—Y Vladimiro las ha puesto en manos de Carlota?

—Sí.

—No puede ser.

—Yo las he visto.

—¿De qué tratan esas cartas?

—De usted.

—¡Bah! ya las conozco, nada tienen que pueda comprometer; además, ¿qué se le da á la duquesa el que las lea este ó aquel?

—Bueno, sí; pero hay otras que hablan de otra persona.

—¿Cuál?

—Véase usted con Carlota. Su intención es entregarle á usted toda esa correspondencia.

—No necesito ver á la señora de Wine; me abocaré con

Vladimiro, de manos de quien recibió aquella esas cartas, y le concederé veinticuatro horas para que me las restituya. Y á fe que estaré satisfecho de acabar de una vez con ese necio presuntuoso y mal intencionado.

—Carlota no devolverá de ningún modo las cartas á Vladimiro, y la prueba de ello es que el otro día se las negó cuando fué á pedirselas, indudablemente para restituir las á la duquesa.

—Anita nada me ha dicho sobre el particular.

—Véase usted con Carlota, le repito; una visita no le compromete á usted para nada. A lo menos sabrá usted á qué atenerse. Tiempo sobrado le quedará á usted después para habérselas con Vladimiro, por mucho que éste sólo merezca el más soberano desprecio.

—Veré á Carlota, profirió Jaime, á quien mortificaba no poco la historia aquella de cartas reclamadas por la duquesa sin que ésta le hubiese dicho palabra sobre el asunto, y en las cuales figuraba otro que no él.

¿Qué significaba aquello? Como quiera que fuese, había pie para la sospecha y la calumnia. ¿Qué enamorado no se aferra á la ocasión de ser celoso, es decir, de fatigarse para serlo? Jaime se despidió de la señorita de Norcy, á quien la prolongada conversación que acababa de sostener fatigara un poco; le prometió visitarla todos los días, y se encaminó al domicilio de la de Wine, confuso, afectado, lleno de zozobra.

## XII

Carlota, que acababa de llegar á su casa, al oír anunciar á su antiguo amante, le dió un vuelco el corazón, porque la verdad era que le había amado de veras, y quizá le amaba todavía.

Levantóse la de Wine, salió al encuentro de Jaime, tendióle la mano, y le sonrió de manera que desde luego quedase fijada su respectiva situación; que es privilegio de las mujeres el dar, á la primera frase, el diapason á un paso embarazoso. Así, pues, la salutación que Carlota dirigiera á Feuil al tenderle la mano, gracias al gesto, á la inflexión de la voz y á la mirada que la acompañaron, podía traducirse por un: «Me halaga el verle á usted; no le guardo á usted rencor al-

guno; no le pondré á usted en ningún aprieto; le he amado á usted mucho; no soy dichosa; deseo ser su amiga.»

Por otra parte, por muy enamorados que estemos de una mujer, al encontrarnos por vez primera en presencia de aquella á quien antes amábamos ó creíamos amar, sobre todo si esa mujer es joven y hermosa, y nos trata como amigo, y, al parecer, acepta sin rencor el sitio más humilde que en nuestro corazón le asignamos para lo venidero, sentimos cierta conmoción, y por espacio de contados segundos, aunque sin que nos asalten deseos de anudar relaciones, nos preguntamos si hemos obrado torcidamente al romper, y si en realidad de verdad nuestro nuevo amor aventaja al antiguo.

Jaime sintió esa sensación común á todos los hombres, tanto más cuanto entró en casa de Carlota con el vago temor de saber que la duquesa le había engañado en algo, en algo que, por poco que fuese, iba á martirizarle. Feuil prefería que si su amor debía recibir tal sacudida, el golpe no viniera de Carlota, á quien le cabía más que sobrada razón para descargarlo. Poco á poco, pues, el amor por la duquesa fué recobrando su ascendiente en el corazón de mi amigo, que se preparó á no dejarse sondear lo más mínimo, ni abrir resquicio alguno á las represalias de Carlota, que abroquelada con su sonrisa y so pretexto de que iba á dispensar un favor, quizá se reservaba, al fin y á la postre, la satisfacción de un desquite.

¡Ved de qué manera la reflexión corrompe siempre un poco la sinceridad de nuestro primer arranque!

Con todo eso, Jaime estrechó con bastante franqueza la mano á Carlota, la cual le hizo sentar junto á sí y le preguntó:

—¿Por qué no viene usted á verme de cuando en cuando? Ya sabe usted que esto me llenaría de satisfacción.

—Usted perdone, pero supuse que usted no me recibiría.

—Y tenía usted otras cosas que hacer; es natural. Sin embargo, la puerta de mi casa siempre está y estará abierta para usted; más, tendría un placer sumo en serle á usted útil en algo.

Era una manera de conducir la conversación sobre el favor de marras; pero Jaime, temeroso de saber demasiado pronto lo que á casa de Carlota había ido á saber, dió otro sesgo á aquella; pero este rodeo lo enfrasó en una explica-

ción que él querría haber evitado, y que, sin embargo, atendida aquella primera reconciliación de dos amores pasados, era inevitable.

—¿Llega usted de casa de la señorita de Norcy? preguntó Feuil.

—Sí; ¿cómo lo sabe usted?

—He ido á verla.

—¿Sabía usted que estaba enferma?

—Hasta ayer no lo supe, al ir á visitarla; hoy he vuelto á su casa y me ha recibido. ¡Qué cambiada está!

—¡Pobrecilla! ¡ha pasado un trastorno tan grande!

—¿Luego su enfermedad es más moral que no física?

—Por desgracia, la enfermedad física reviste graves caracteres, hasta el punto de que el médico llegó á desahuciar á nuestra amiga, y aun en la hora presente no responde de ella; sin embargo, la enfermedad arranca de una profunda pesadumbre.

—Me lo ha dado á sospechar un incidente acaecido mientras yo estaba allí.

Y Jaime refirió á Carlota la emoción en que abismara á la enferma un campanillazo, y la contestación que aquella diera á su doncella.

—No se ha equivocado usted, era *el*, que iba á informarse del curso de la enfermedad. Todos los días va, pero ella está resuelta á no verle más.

—Pues ¿qué le ha hecho?

—Se adivina: la ha engañado, pero con circunstancias imperdonables.

—Ya le perdonará.

—¡Jum! lo dudo. En la hora de ahora antes moriría que no consentiría en verle de nuevo, y quizá se muera de no verle. Ha de tener usted en consideración que Isabel lo ha sacrificado todo á ese hombre: fortuna, fama y porvenir. Isabel pertenece á una excelente familia; y se indispuso con su madre, y su padre murió casi maldiciéndola. Para subvenir á sus necesidades, la pobre no cuenta más que con la parte de herencia que aquél no pudo retirarle, y que, á lo sumo, le produce de cuatro á cinco mil pesetas de renta. Isabel ha renunciado al mundo, no ve á persona alguna sino á mí; tiene toda su vida concentrada en ese amor, que data de doce años, que lo han sido de lucha, de perseverancia y de sacrificios. Ella podía prever todas las desventuras,

menos la de verse engañada por un hombre en quien tenía una confianza ilimitada. ¿Qué quiere usted que sea de ella ahora? Momentos hay en que creo que la muerte sería su dicha mayor.

—¿Y cómo es que después de tanto tiempo su amante no se ha casado con ella, ya que Isabel pertenecía á una buena familia, y los dos se amaban?

—Ella no ha querido.

—¿Y eso?

—Porque la familia de ese sujeto está riquísima, y se opondría á tal boda. Isabel es el prototipo de la abnegación y de la sinceridad; aceptó todas las consecuencias de su falta sin admitir que las compartiera su amante, al que no quiso que su amor le costara el más leve contratiempo. Bastaba á su dicha el creer que era correspondida, y vivía en la confianza más absoluta, cuando el acaso le puso la verdad ante los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—No hace mucho que Jorge manifestó que tenía que salir para Burdeos, adonde, dijo, le llamaban negocios de monta; y como no era la primera vez que emprendía viajes parecidos, Isabel no concibió recelo alguno, máxime cuando la ausencia no debía durar más de ocho días, que ella se dispuso á pasarlos en su casa, entregada á la lectura, á la labor y á la comunicación epistolar. Jorge, en su primera carta, daba noticia de su feliz llegada á Burdeos; pero en ella preveía que su ausencia sería un poco más larga. Isabel se entristeció, pero ojalá todo hubiese parado aquí. Interin, lo que hizo fué cumplir algunos encargos de Jorge, á casa del cual subió, aprovechando la oportunidad de pasar por delante de ella para dar al criado algunas órdenes relativas á los encargos de que he hecho mención. Como se acercaba la hora del correo, Isabel creyó que lo mejor que podría hacer sería escribir á su amante en la casa misma donde se encontraba. Entró, pues, en el estudio de Jorge, donde éste ni remotamente pudo sospechar que Isabel entrara en su ausencia y en el que el criado la dejó entrar, sabiendo, como sabía, que era aquella tan ama en casa de su amo como su amo mismo. Como decía, Isabel entró en el estudio de Jorge, y tiró de uno de los cajones del escritorio para buscar papel, pero no vió más que algunas cartas, de las que, de momento, no hizo caso; mas al ir á cerrar el cajón, de

pronto sus ojos tropezaron en la palabra *Burdeos* escrita en medio de una línea; entonces se puso á leer maquinalmente la carta, y vió que quien la había escrito era una mujer, que, según rezaba la firma, se llamaba Margarita. Ya no cabía duda, Jorge había ido á Burdeos en pos de una mujer, y por igual causa hecho los anteriores viajes á dicha ciudad. Aquellas relaciones duraban hacía un año. Figúrese usted el trastorno de Isabel. La desventurada se metió la carta delatora en el bolsillo, se fué á su casa, tomó dinero, y aquella noche misma salió para Burdeos, adonde llegó el día siguiente por la tarde. Una vez en la capital del Gironda, Isabel se hizo conducir á la fonda donde Jorge se hospedaba, y, al preguntar por él, supo que en aquel instante estaba ausente. Era indudable que se encontraba en casa de Margarita. Pero ¿dónde vivía ésta? Isabel, que habría dado la mitad de su existencia por saberlo, no halló otro recurso que aguardar en la calle, en la que permaneció de plantón desde las nueve de la noche hasta la una de la madrugada y padeciendo lo que no es decible, máxime cuando á la afección moral se unía el malestar físico, pues desde la vispera no había comido cosa alguna. Por fin, á la una de la madrugada Isabel oyó venir á un hombre y una mujer que conversaban y se reían estrepitosamente. ¡Era él! Sí, era Jorge, que se iba tranquilamente á retiro con su amante, que por cierto era hermosa, como pudo verlo Isabel al pasar junto á ella la feliz pareja. Jorge y su compañera entraron en la fonda, sin que aquél conociera á mi amiga, ni Margarita se fijara en ella. Isabel por poco da consigo en tierra. «¡Es imposible! ¡estoy soñando!» dijo entre sí la desventurada; y encaminándose de nuevo á la fonda, preguntó por Jorge. En el instante de llamar á la puerta del cuarto que le indicaron, Isabel comprendió que iba á jugar en un minuto la dicha de su pasado y la esperanza de su porvenir; intentó, pues, calmar un poco sus sentidos y coordinar sus ideas; pero la pasión ahoga siempre á la razón; así es que en el mismo instante en que ella se decía con más insistencia que no estaba en lo justo, descargó en la puerta un golpe que resonó en toda la casa, y al que no contestaron. Isabel llamó otra vez, y ahora se abrió la puerta.

—¡Cómo! ¡usted! profirió Jorge, que era quien, con una luz en la mano, acudiera al llamamiento, y hablando en voz

tan baja que demostraba que no quería que le oyera más que la persona con la cual estaba hablando.

—Yo, sí, contestó Isabel con voz levantada.

—¿Cómo es que se encuentra usted aquí?

—Acabo de llegar de París.

—Y eso, ¿para qué?

—Para verle á usted; me devoraba el tedio. ¿Acaso no me cabe derecho á estar donde usted?

—Según y cómo.

Es raro, y aun diré casi imposible, que un hombre no se vuelva injusto, cruel, para con una mujer que le coloca en situación tan embarazosa como la en que Isabel colocaba á Jorge; pero la de Norcy debía forzosamente llevar las cosas hasta el extremo, desde el punto y hora en que cruzara el umbral del cuarto de su amante.

—Como quiera que sea, repuso Isabel, aquí estoy, muerta de fatiga, de frío y de hambre; haga usted que me den de cenar, y vayamos á calentarnos al amor de la lumbre.

Hablando de esta suerte, la joven se encaminó al otro aposento, alentando todavía la esperanza de que se había engañado; pero Jorge le cerró el paso, diciendo:

—Voy á hacer que le den á usted un cuarto.

—¡Qué! ¿no puedo habitar en el de usted? Bueno fuera que ahora nos molestáramos uno á otro.

Isabel avanzó otro paso.

—No puede usted entrar, repuso Jorge.

—¿Por qué?

—Por favor, Isabel, no intente usted entrar.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí.

—¿Qué me importa?

—Ahí está una persona á quien no puede usted ver.

—Despídala usted.

—Es imposible.

—Pues yo me encargo de arrojar á la calle á esa mujer, exclamó Isabel.

Y aquella criatura distinguida, endeble y delicada, tuvo un instante de verdadera locura; sí, abalanzóse á su amante, é intentó llegar por la fuerza hasta la puerta que aquél le interceptaba.

La escena iba haciéndose tan ridícula para él como humillante para ella. Por fortuna, aquella sobreexcitación cedió al

abatimiento en que la abismaran las emociones de los dos días precedentes y á la debilidad de un ayuno de cuarenta y ocho horas. Isabel, comprendiendo, en medio del vértigo que iba apoderándose de su cerebro, que de continuar en aquel aposento donde no podía ni debía permanecer, no había remedio para ella, se cogió la cabeza con ambas manos como para retener en ella la vida, y se encaminó á la escalera tambaleándose y repitiendo convulsivamente: «¡Suélteme usted, suélteme usted, le desprecio!»

Una vez en la calle, sin saber cómo había bajado por la escalera y salido de la fonda, Isabel echó á andar apoyándose en las paredes de las casas. De esta suerte llegó á una plaza con árboles, y dejándose caer en un poyo, dió suelta á las lágrimas, no acertando ya á explicarse qué había pasado, sufriendo maquinalmente y con el cerebro vacío y parecido al de un idiota. El día sorprendió á la de Norey sentada todavía en el poyo, y los artesanos que se dirigían á sus quehaceres la miraban con extrañeza y curiosidad, unos compadeciéndola, otros alejándose sonriendo. La presencia de los otros le recordó á la infeliz que aun estaba viva, y que, viviendo, no podía continuar perennemente en aquel sitio. Levantóse, pues, y con los ojos ya enjutos, oprimidas las sienas y el cuerpo entumecido por el frío, se encaminó automáticamente á una tahona, compró un panecillo del que comió un bocado que se le indigestó, dió el sobrante á un mendigo ya acurrucado en una esquina, pues todos los sufrimientos son madrugadores, y entró en una iglesia en la que sólo se veía una mortecina luz en una de sus capillas. Isabel no oró, pues su cerebro no tenía ya energía para formular una oración, pero corroboróla un tanto la de los fieles que acá y allá estaban arrodillados en el templo. Luego, y como nada más tenía que hacer en Burdeos, la desventurada regresó á París en el estado que puede usted imaginar; milagro fué que no hubiese sucumbido en el camino. Apenas en su casa, apoderóse de Isabel una calentura terrible, el delirio; fiebre cerebral, fluxión de pecho, nada ha faltado; por espacio de quince días ha estado entre la vida y la muerte, y sólo hace dos que ha entrado en mejoría. Por lo demás, ya la ha visto usted. Tal es la historia de la enfermedad de Isabel. En cuanto á Jorge, llegó á París pocas horas después que ella, y no atreviéndose á ir á verla, vino apresuradamente aquí para contarme lo que

había pasado. «Su presencia en mi cuarto, me dijo aquél, me hizo perder el juicio»; y luego añadió: «Yo no podía despedir á la mujer que se encontraba en mi aposento. Sentí impulsos de retener á Isabel para hacerle comprender que aquella infidelidad no tenía importancia alguna; pero no tuve valor para arrostrar recriminaciones justas y reproches merecidos. Sí, voluntariamente, en la apariencia, cometí la mala acción, la villanía de permitir que de noche y de mi casa partiera desesperada, insultada, moribunda, una mujer que me ha abnegado su existencia, á la cual respeto y amo mil veces más que no á aquella á quien fingí preferirla.»

En una palabra: Jorge me hizo sabedora de su conducta, del modo como los hombres saben hacerlo en parecidos casos;—y vea usted como los más dramáticos acontecimientos de la vida pueden, en ocasiones, tener sus puntas y ribetes de cómicos;—yo misma, pese á sentir vivamente la desventura de Isabel, no obstante el temor que su estado me inspiraba, no pude menos de reirme cuando Jorge me contó que al entrar en su cuarto encontró casi del todo escondida en un armario, temblando de miedo y en la actitud más grotesca, á la mujer causa involuntaria de aquel escándalo, pues ignoraba que Jorge tuviese relaciones formales con otra. La bordelesa no se atrevía á salir de la fonda, en la creencia de que Isabel era mujer de rompe y rasga é iba á asesinarla en la calle; y como, por otra parte, está casada y no veía á Jorge más que durante las ausencias de su marido, le asustaba el escándalo y no quería ni oír hablar de ver nuevamente á aquél. ¿Dónde se habían conocido Jorge y su nueva amante? Lo ignoro; pero lo positivo es que se conocían y que hacía un año que duraban sus relaciones. Al día siguiente la bordelesa regresó á su casa y Jorge tomó la vuelta de París.

Tan buen punto vi que Isabel mejoraba, intenté contarle, chanceándome, lo que había seguido á su partida de la fonda, pues calculé que de hacerla reír un instante al recordarle la escena que por poco le causa la muerte, hubiera aquella perdido inmediatamente su gravedad para convertirse en un pecadillo muy perdonable y fácil de borrar con las nuevas protestas del culpado arrepentido. Pero no, Isabel recibió una herida demasiado profunda en su dignidad, en su confianza y en su amor para que aceptara mis chanzas; así es

que movió la cabeza con aflicción, y me contestó con la suavidad de quien ha tomado una resolución inquebrantable: «No, todo ha concluído entre los dos.» Entonces no me quedaba ya sino preguntarle qué pensaba hacer una vez restablecida, á lo que me respondió que nada había resuelto aún. Ofrecíla acompañarla al campo, para que respirase aires sanos; y si continúa la mejoría, las dos partiremos juntas dentro de dos semanas.

Ahora pregunto: ¿Jorge, que todos los días va á preguntar por la enferma, y á la cual pide perdón, ama todavía lo bastante á Isabel para perseguirla hasta que ella lo perdone? ¿no obedece pura y simplemente á remordimientos sin perseverancia, que se apagarán con la enfermedad? Temo que esta última suposición sea la más verosímil. El amor de Isabel tiene una contra muy grande, y es que cuenta diez años de existencia y quizá ha pasado, para aquel de que tal amor es objeto, al estado de simple hábito que únicamente la delicadeza y la compasión podrían anudar en caso de reconciliación. Y con franqueza, no son, éstos, lazos bastante fuertes para subyugar otra vez á un corazón para el cual tales relaciones no tienen ya nada nuevo que ofrecer á un alma que ha perdido la confianza y á la que siempre asistirá el derecho á dudar. Una usted á lo expuesto el influjo de la familia, que no podrá menos que intervenir con sus consejos, y el atractivo de la libertad, que tan poderosamente obra en el espíritu del hombre, aun en los momentos en que éste no sabe qué hacer de su libertad. A do quiera me vuelvo, no vislumbro nada bueno para Isabel. En verdad, el amor es negocio muy triste.

Jaime no contestó; aquel relato le había puesto imaginativo, y le indujo á pensar si también él, tarde ó temprano, engañaría á la mujer por quien en aquel instante habría sacrificado su existencia.

### XIII

Entretanto, la historia de la señorita de Norcy, por muy triste que para ésta fuese, había tenido un lado bueno para los dos interlocutores, y era que ocupando sus espíritus en emociones extrañas á ellos, les había distraído de recuerdos personales que, de lo contrario, no habrían dejado de impor-

tunarles, y que ahora, aminorados al contacto de una pasión verdadera, á los dos les parecían muy insignificantes y demasiado lejanos para que valiesen la molestia de traerlos á la mente. En efecto, después de haber hablado de aquel amor violento y casi mortal, Jaime y Carlota se hubieran visto en un aprieto para discurrir formalmente sobre el suyo, cuya muerte sin convulsiones les dejara sanos á ambos, y sobre la tumba del cual podían tratar, tranquilamente sentados, de sus nuevas impresiones.

En último resultado, lo que Jaime deseaba era quedar amigo de Carlota. Había roto con ella, sí, pero espontáneamente, y como amaba con pasión á otra mujer, no tenía para qué ver con malos ojos el que aquélla se hubiese consolado por los medios que ofrece perennemente el acaso á una mujer joven y hermosa. Así es que creyó poder pasar sin transición, de la historia de Isabel al asunto que le condujo á casa de su antigua amante.

—Veamos ahora, mi querida amiga, dijo Jaime á Carlota, qué favor desea usted prestarme.

—Antes, y para concluir de una vez con lo pasado, respondió la de Wine, permítame usted que le diga que le amé á usted de todas veras.

—Lo creo, repuso Jaime sonriéndose.

—Y como usted hubiese querido, continuó Carlota sin desconcertarse por aquella sonrisa un si es no es incrédula, lo cual es patente prueba de que hablaba con sinceridad; como usted hubiese querido, le habría amado á usted mucho más.

—Lo mismo digo, mi querida Carlota.

—Hace usted mal en chancearse.

—Le aseguro á usted que no me chancoo, replicó Jaime con cierta gravedad; lo que acabo de decirle á usted se lo he dicho más de una vez á Isabel al hablar de usted con ella; y pues no es posible que nuevamente volvamos á vernos sin discurrir por última vez sobre lo pasado, ¿me permite usted que en dos palabras le haga yo mi confesión?

—Sí.

—¿No se ofenderá usted?

—Se lo prometo.

—Pues bien, mi querida amiga, si hubiese sido usted sincera conmigo, entre nosotros todo habría continuado lo mismo.

—¿No lo fuí acaso?